



Goth, que fué el que escribió esta deposición ó declaración.

Mandó también el papa á todos los obispos de Francia, despues de levantarles la suspensión que sobre ellos había recaído por haber procedido de acuerdo con el rey y sin el consentimiento del papa á las informaciones contra los templarios, que ahora todos y cada uno de los obispos en sus respectivas diócesis, lo mismo que los inquisidores en sus distritos, examinarán á los templarios de su jurisdicción; pero reservando el juicio canónico para los concilios provinciales que celebrarían los metropolitanos. No quiso que éstos entendieran en los asuntos de toda la órden, sino únicamente les hace jueces de los particulares, reservándose á sí el proceso y el juicio del gran maestro y de algunos principales de la órden: quiso también que los acusados estuvieran bajo la guardia ó custodia de su nuncio, el cardenal obispo de Palestrina. Por otras cartas consecutivas quería el papa que los obispos se asociaran para este exámen dos canónigos de sus catedrales y dos hermanos predicadores y dos hermanos menores, que si se presentaban casos que no tuvieran nada de heréticos podían proceder por su autoridad y juzgar con arreglo á cánones. El papa, por último, daba las gracias al rey por la manera franca y leal con que se había conducido en este asunto, conformándose con la voluntad de Su Santidad.

Pero como el asunto era mixto, ó compuesto de espiritual y de temporal, no era posible que el rey, celoso de sus derechos y de su autoridad, que creía heridos con aquellas bulas, se contentara con las disposiciones todas del pontífice. Pero como el papa declaró que lo que él había hecho ó en lo sucesivo haría por sus agentes ó delegados respecto á las personas y bienes de los acusados, no perjudicaría en lo más mínimo los derechos del rey, se calmó por completo el monarca francés y se sometió á las decisiones del pontífice.

Las informaciones duraron en casi todos los países desde el año 1309 á 1311, y por ellas resultó que los templarios eran reos de los crímenes que se les imputaban, si bien algunos se limitaron á confesar alguno ó algunos de los artículos de que se les acusaba.

El concilio general de Viena había sido convocado por el papa para el día de Todos los Santos del año 1310, en cuya asamblea habían de tratarse en definitiva las cuestiones todas relativas á los templarios. Pero como este asunto no había terminado aún en sus informaciones para esta época, el papa Clemente V le prorogó hasta el 1.º de Octubre del año 1311.

Celebróse, en efecto, en el día señalado, con la asistencia de ciento catorce prelados mitrados y dos patriarcas, el de Antioquía y el de Alejandría.

En la primera sesión, celebrada el 16 de Octubre, abrió el papa el concilio. Propuso los tres objetos principales del concilio, á saber: el asunto de los templarios, el socorro de la Tierra Santa y la reforma de costumbres y de disciplina.

Todo el invierno se pasó en conferencias sobre los tres motivos que el papa había propuesto, especialmente sobre el primero. Se esperaba la llegada del rey Felipe, que había sido el autor del descubrimiento y tanto había trabajado en la averiguación de los hechos que se imputaban á los templarios. Entre tanto el papa reunió á los cardenales y á los prelados, y les leyó las actas levantadas en las informaciones hechas contra los templarios. Nueve templarios se presentaron para defender su órden, asegurando que en las inmediaciones de Lyon había hasta 500 que se adherían á esta defensa.

Preguntados todos los prelados por el papa sobre lo que les parecía debía hacerse sobre este punto, dijeron unánimemente que debía oírseles la defensa de su órden.

Hubo otras conferencias sobre esto, y al fin el miércoles 22 de Marzo del año siguiente, 1312, el papa Clemente V, habiendo llamado en consejo privado á los cardenales con varios obispos, anuló la órden de los templarios, reservando sus personas y sus bienes para sí y para la Iglesia.

La segunda sesión se celebró el 3 de Abril. Entonces llegó el rey de Francia con el conde de Valois, su hermano y los tres hijos de Francia, Luis rey de Navarra, Felipe y Carlos. Entró en el concilio y tomó asiento á la derecha del papa, sobre un trono más bajo que el que ocupaba el pontífice. En seguida el papa publicó contra la órden de los templarios la sentencia provisional de abolición, supresión y anulación de dicha órden, atendido á que ya por los crímenes á que se habían hecho reos sus miembros según las informaciones practicadas, ya por el escándalo que habían producido, y por otras razones muy justas, era imposible que pudiera subsistir tal órden, sujetándola á una prohibición perpétua mediante la aprobación del concilio.

Por lo que respectaba á los bienes de los templarios, el papa Clemente V emitió una opinión que fué recibida universalmente. Creyó oportuno, que toda vez que los templarios habían recibido estos bienes para socorro de la



Tierra Santa, era justo que se les diera este destino, mandándolos al efecto para este uso á los hospitalarios de San Juan de Jerusalén, despues caballeros de Ródas y últimamente de Malta.

Las circunstancias eran favorables. Por doquiera se hablaba con admiración de estos hospitalarios, que acababan de consumir una de las más gloriosas empresas contra los turcos, conquistando la isla de Ródas, cuya obra de conquista habían principiado el año 1308 y la terminaron el día de la Asunción, 15 de Agosto del año 1310.

El empleo de estos bienes no fué el mismo en todas partes. El papa había exceptuado los situados en los reinos de España, Castilla, Aragón, Portugal y Mallorca, que fueron aplicados á la defensa contra los sarracenos y moros de Granada. Con el tiempo se aplicaron también á los hospitalarios de San Juan de Jerusalén las posesiones de los templarios en Aragón y Mallorca, salvas algunas excepciones.

En cuanto á las personas de los templarios, el concilio general dispuso que á excepción de algunos, cuyo destino se reservaba el papa, todos los demas, que eran muchos, fueran sometidos al fallo de los concilios provinciales, disponiendo que á los inocentes ó que hubieran merecido la absolución, se les tratara bien y se les mantuviera con el producto de los bienes de su órden, según su condición, y á los que hubieran confesado sus errores fueran también tratados con indulgencia, y por último, que á los impenitentes se les tratara con todo rigor.

En definitiva, la mayor parte de los templarios fueron puestos en libertad. Muchos entraron en la órden de San Juan y con las mismas dignidades que habían tenido en la del Temple. En Portugal los templarios formaron la nueva órden de Cristo, que ha subsistido hasta nuestros días.

El concilio, animado por la esperanza de una cruzada en favor de la Tierra Santa, impuso los diezmos por diez años. Esta esperanza pareció á los Padres del concilio muy fundada, dado el reciente éxito alcanzado por los hospitalarios que acababan de arrancar á los turcos la isla de Ródas, según llevamos indicado, y dada la disposición de los príncipes cristianos que deseaban recobrar la Palestina. Trató también el concilio, entre otras cosas principales, del clero en general, disponiendo que la edad para el subdiaconado fuera de 18 años, para el diaconado de 20, y para el sacerdocio 25. Prohibió á los clérigos que se dedica-

ran á oficios ó al comercio, y que llevarán hábitos indecentes. En tanto que el papa y los obispos unían así sus esfuerzos para reformar los abusos y secundar el bien en toda la Iglesia, el espíritu de Dios, que está siempre con esta Iglesia, no cesaba de producir frutos de santidad y de vida eterna.

DESDE EL AÑO 1250 A 1270.

La Iglesia, despues de triunfar de todos los errores, establece la armonía en todas las ciencias por medio de los trabajos de Santo Tomás y de sus contemporáneos, al propio tiempo que llama la admiración de los siglos con las virtudes de San Luis, rey de Francia.

En su cántico misterioso sobre la unión inefable de Cristo con la humanidad ó con la Iglesia, el rey Salomón se expresa en estos términos: ¿Quién es ésta que se adelanta como la aurora, bella como la luna, pura como el sol, y terrible como un ejército ordenado en la batalla? (1). Esta pregunta del hijo de David nos señala los caracteres de la Iglesia de Dios. Es apacible, insinuante, como el alba matinal que comienza á lucir en las tinieblas, y viene á anunciar el día: es bella, halagüeña, como la blanca luna que brilla en la noche de este mundo; es pura, resplandeciente como el sol, que extiende por doquiera torrentes de luz, de calor y de vida; es terrible como un ejército ordenado en batalla al amparo de sus estandartes.

Todo esto es la Iglesia de Dios. Ya hemos visto el gran combate de la Iglesia con la Roma idólatra, combate que ha durado tres siglos en Occidente, y que continúa todavía hoy con el paganismo de la India y de la China; hemos visto los combates de la Iglesia contra las herejías griegas, cuyos áridos despojos cubren todavía la Grecia y el Oriente; hemos visto el gran combate de la Iglesia contra el imperio anticristiano de Mahoma, que pasa ahora al estado de cadáver; hemos visto la monarquía universal, ó más bien, la ambición universal de los césares alemanes, combatida por la Iglesia durante dos siglos, y herida de muerte en el concilio general de Lyon.

En tanto que la Iglesia de Dios se mostraba así terrible y formidable á sus enemigos, como un ejército ordenado en batalla; entre las naciones que yacían en las sombras de la muerte, ella aparecía como una nueva aurora: entre las naciones cristianas, acobardadas por el torbellino del mundo, ella aparecía como una luna tranquila que invita á la calma y á la paz de

(1) *Cantar de los Cantares*, 6, 10.



Dios; á todo el universo se mostraba pura y brillante como el sol.

La conquista más importante, la más gloriosa quizás, es la de haber conciliado en armonioso conjunto todas las ciencias divinas y humanas, haberlas organizado entre sí como ejército ordenado en batalla bajo el supremo mando del Verbo de Dios, sabiduría eterna, de la cual todas emanan. Los héroes de esta conquista son: entre los humildes hijos de San Francisco, Roger Bacon, Alejandro de Hales, Duns Scot y San Buenaventura; entre los religiosos de Santo Domingo, Vicente de Beauvais, Alejandro el Grande y Santo Tomas de Aquino. Este último aparece como el generalísimo que lleva por segundo jefe á un seráfico amigo, el franciscano Buenaventura. La empresa era la de conciliar la filosofía pagana con la doctrina cristiana, y de hacer servir la primera á la segunda.

Platon y Aristóteles, segun hemos visto en el trascurso de esta historia, son como los príncipes de la filosofía pagana. Los dos la abrazaron enteramente, los dos profundizaron todas sus partes. Los que les siguieron no tienen otro mérito más que el de haber ampliado la materia, ó haberla expresado en otros términos.

Ciceron dice que Aristóteles y Platon no difieren más que en el nombre, que la doctrina es la misma, que forma una especie de trinidad: la naturaleza ó los seres, la verdad y sus reglas, el bien y sus leyes; ó de otra manera, la moral (1).

La diferencia entre los dos está en la manera de exponer su doctrina. Platon desarrolla la suya, con más ó menos claridad, en diálogos de forma oratoria y dramática, en los cuales y entre los cuales no es dado á todo el mundo ver el encadenamiento de las ideas. Aristóteles ha hecho como Alejandro, su discípulo. Alejandro conquistó el imperio de los pueblos; Aristóteles conquistó el imperio de las ciencias. Todos los conocimientos de los siglos precedentes, á los cuales añadió muchos descubrimientos, les clasificó por orden, les distribuyó por provincias, asignando á cada ciencia, y á veces á cada palabra, sus límites naturales, cosa muy importante en verdad, pero que en vano trataríamos de buscar en la India y en la China.

Por otra parte, la verdad religiosa, comunicada por Dios á los primeros hombres, se hallaba en Egipto como todavía se halla hoy en la India y en la China, pero alterada y desfigurada bajo la más grosera idolatría. ¿Y por qué? Porque, entre otras muchas causas, los sa-

(1) Cic., *Acad.*, lib. I, núm. 4 y 5.

bios de Egipto, lo mismo que los sabios de la India, en vez de buscar la gloria de Dios, no buscaban más que su propia gloria. En Egipto, como en la India, formaban una casta hereditaria y privilegiada: en Egipto, como en la India, estaba limitada á ellos solos la lectura de los libros científicos. En Egipto contaban con otro medio más para conservar este monopolio: tenían dos lenguas misteriosas ó jeroglíficas desconocidas del vulgo.

La verdad se hallaba en Egipto, pero cautiva. Dios la libra de la cautividad con Israel y por ministerio de Moises; la libra de los jeroglíficos, haciéndola escribir en una lengua y con caracteres que todo el mundo podía conocer fácilmente; en una palabra, la libra de la opresion de la casta sábia dándola en patrimonio á todo un pueblo para que la medite y la haga conocer á todos los pueblos.

Después de haber hablado á nuestros padres por Moises y los profetas, Dios ha hablado por su propio hijo, el Creador del mundo, que no cesa de hablar á todas las naciones por su Iglesia, una, santa y universal y perpétua.

Esta Iglesia nos ha resumido toda la doctrina cristiana en un acto de fe ó *Credo* que nosotros pronunciamos en nuestras oraciones. Cada artículo y cada palabra de este *Credo* han sido defendidas y confirmadas por los Santos Padres y doctores, ya reunidos en concilio, ya dispersados por todas las iglesias del mundo. Por el método escolástico, Santo Tomas de Aquino ha resumido el todo en un volumen y más tarde se ha resumido este volumen en un pequeño libro llamado Catecismo. Santo Tomas resumió toda la doctrina cristiana, es decir, toda la Santa Escritura, todos los concilios, todos los santos Padres, todos los doctores y todos los escritores eclesiásticos en su *Suma* teológica. Esta *Suma* está dividida en tres partes y la segunda en dos secciones.

La primera parte trata de Dios, de sus atributos ó perfecciones, especialmente de su ciencia infinita; de las tres personas divinas, de los ángeles y de los siete días de la creacion; después del hombre, de su alma, de su inteligencia, de su voluntad, de su cuerpo y de todas las facultades que le adornan. Los detalles que tantas materias comprenden están distribuidos en ciento diez y nueve cuestiones principales, y cada una de éstas en varios artículos resueltos con ochocientas proposiciones ó conclusiones próximamente para toda esta primera parte.

En la primera seccion de la segunda parte el fin último del hombre, la suprema beatitud, los actos voluntarios é involuntarios, las pasiones concupiscibles é irascibles, los hábitos, las



virtudes y los vicios, el pecado y sus especies, la ley, la gracia y el mérito son objeto de sesenta cuestiones. Las cincuenta y cuatro siguientes tratan de las virtudes llamadas principales ó cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Más de cien cuestiones secundarias comprendidas en las ciento catorce que acabamos de designar son resueltas en las mismas formas que las ochocientas de la primera parte.

La segunda seccion de la segunda parte tiene más extension y parece que siempre ha tenido más importancia. Lo ménos tiene un millon de artículos, y por consiguiente de proposiciones ó soluciones detalladas, pero que pueden comprenderse en ciento noventa grandes cuestiones, á saber: cuarenta y seis para las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad; ciento veinticuatro para las virtudes cardinales, ya caracterizadas en la seccion precedente, pero consideradas aquí bajo nuevos puntos de vista, y las diez y nueve últimas para la gracia, para los distintos dones espirituales, para la vida activa, contemplativa y religiosa. El método y el estilo del autor son invariables en todo este largo curso de divisiones, de discusiones y de enseñanzas.

La tercera parte, que podria llamarse la cuarta, puesto que se han comprendido dos bajo el título de segunda, consiste principalmente en un tratado incompleto de los sacramentos y otro sobre Jesucristo. Este se divide inmediatamente en cincuenta y nueve cuestiones que tratan de la Encarnacion del Verbo, de la Virgen María, de la pasion y muerte del Redentor, de su resurreccion, de su ascension de su poder y de su gloria.

En el segundo tratado establece treinta y una cuestiones relativas á los cuatro sacramentos, bautismo, confirmacion, eucaristia y penitencia. Todas estas noventa cuestiones se subdividen en artículos.

Tal es el plan de la *Suma*. Comprende cerca de cuatro mil artículos ó cuestiones particulares repartidas en quinientas doce cuestiones generales. Resuelve más de diez mil dificultades. La primera y última parte son más bien dogmáticas; las dos secciones de la segunda, tienden más á la moral, y todas juntas forman un gran cuerpo de doctrina cristiana.

En esta *Suma* Santo Tomas no dice nada de los tres últimos sacramentos, porque fué sorprendido por la muerte; pero esta omision se ha reparado ampliamente en una cuarta ó quinta parte que se ha publicado con el título de suplemento. Los escritos de Santo Tomas y sobre todo la *Suma*, han sido siempre obje-

to de admiracion universal en la Iglesia de Dios.

Durante varios siglos, las doctrinas incompletas, ó mal comprendidas, de Platon y de Aristóteles, han sido para las herejías griegas y orientales un funesto arsenal de donde sacaban argumentos y sofismas con que dar colorido á sus impiedades y oscurecer la verdad cristiana.

En el siglo VI Boecio y Casiodoro, ambos cónsules romanos, privaron al error de este arsenal equívoco, haciéndole servir en lo sucesivo de fuente de verdad. Tradujeron y resumieron en latin toda la filosofía de Aristóteles y de Platon, demostrando que todo lo que tiene de bueno se halla conforme con la fe católica.

En el siglo XII corrió entre los árabes un estudio indigesto y sin correctivo de esta misma filosofía, que diseminó entre ellos ideas de irreligion y de ateísmo. Desde entónces los doctores cristianos, Santo Tomas entre otros, no contentos con los resúmenes de Boecio y de Casiodoro, se pusieron á estudiar y á explicar por medio de amplios comentarios todas las obras de Aristóteles, á fin de no dejar lugar al error, y con este motivo se publicaron muchos volúmenes que esclarecieron aquella filosofía y sirvieron de norte y guia para buscar la verdad. Alberto el Grande tiene seis volúmenes en folio, consagrados á la filosofía de Aristóteles. Francisco Alejandro de Hales tiene un comentario sobre los tres libros *Del alma*. Su discípulo Juan Duns Scot, doce volúmenes en folio y así los demas doctores que se han ocupado de la filosofía de Aristóteles.

Por la misma época que el franciscano Roger Bacon escribía su obra, el dominicano Vicente de Beauvais escribía su *Biblioteca del mundo* ó *Espejo general*; monumento gigantesco que por la belleza del conjunto é interes de los detalles, puede competir con las enciclopedias modernas.

Comprende la enciclopedia de Vicente Beauvais tres grandes divisiones: naturaleza, doctrina é historia, bajo los títulos de espejo natural, espejo doctrinal y espejo histórico, y en los cuales se refleja por distintos conceptos la grandeza de Dios y su providencia, viniendo á hacer sus tres espejos uno general que constituye una verdadera biblioteca. Es esta obra un divino conjunto de todo lo que los hombres sabían hasta entónces sobre la naturaleza, sobre ciencias y artes, y sobre la historia de la humanidad decaída y regenerada.

Por este tiempo escribió tambien Santo Tomas su excelente obra titulada *De la verdad*



de la fe católica contra los gentiles, para contrarestar los errores aportados por los árabes y nacidos de las herejías griegas.

Otra importante obra se escribió también en el siglo XIII, que ha dado lugar á tantas disputas sobre la originalidad de su autor. Nos referimos al libro titulado *De imitatione Christi*, que es todo un tratado de moral religiosa, cuya gloria se disputan todas las naciones.

Nosotros diremos, por lo que hace á su autor, que fué escrito por un monje benedictino y recalado en la regla benedictina. En efecto, las palabras de *monje, buen novicio, cenobita y prelado*, tan frecuentemente repetidas en este libro, eran los nombres propios de la regla de San Benito. En el capítulo XIII del primer libro, el autor comienza por sentar en principio que no hay orden religioso tan santo, ni lugar tan solitario donde no haya tentaciones y penas. Unos sufren las tentaciones más fuertes al principio de su conversión y otros al fin. Y en otro lugar dice: «Entrad en vuestra celda y allí hallaréis lo que á menudo se pierde fuera de ella. La celda bien guardada es agradable; pero mal guardada fastidia y cansa. Si desde el principio de vuestra conversión la habitais y la guardais fielmente, os servirá en lo sucesivo de dulce amiga y de delicioso consuelo.»

Por este estilo está escrita toda la obra. Sabemos también que el bienaventurado Alberto, obispo de Verceil y después patriarca de Jerusalén, es autor de una regla para los religiosos del Monte Carmelo. Ahora bien, en la familia del bienaventurado patriarca, que aún subsiste en Italia, se conserva un diario manuscrito que comienza en 7 de Marzo del año 1345 y concluye en 12 de Julio de 1350. El autor del diario es José de *Advocatis*. Por los años 1350 dice este diario: «El 15 de Febrero, domingo, después de la distribución hecha á mi hermano Vicente que está en Ceriona, yo le doy, en prueba de amor fraternal, el precioso código *De imitatione Christi*, que conservo de mis antepasados, pues muchos de ellos hacen mención de este libro.» Es, pues, cierto que desde el año 1349 existía por trasmisión hereditaria en la familia de *Advocatis*, hoy *Avogadro*, un ejemplar *De imitatione Christi*.

En 1830, durante la revolución, se halló en casa de un librero de París este precioso manuscrito con la firma de varios miembros de la familia de *Advocatis*, á los cuales ha pertenecido sucesivamente. Examinada esta copia por hombres entendidos, resultó que la escritura era del siglo XIII ó á lo sumo de principios del XIV. Esta copia está depositada en el archivo de la iglesia metropolitana de Verceil. De todo lo

cual concluimos, que el verdadero autor es Juan Gersen de Cabanaco, hoy Cavaglia, abad benedictino del antiguo monasterio de San Estéban en Verceil, del año 1220 á 1240.

Juan Gersen nació en Cabanaco, hácia fines del siglo XII; su verdadero nombre está probado por seis de sus más antiguos manuscritos. La existencia de este piadoso personaje está también probada por varios historiadores del país. No lejos de Verceil hay una antigua colonia de emigrados alemanes que hablan todavía la lengua alemana. Posible es que Juan Gersen proceda de esta colonia alemana, como parece indicar su nombre.

Volviendo á nuestro asunto de las cruzadas, recordaremos que dejamos al venerable San Luis en la Palestina, maravillando con sus proezas á cristianos y á infieles.

Todavía se celebraba en Francia con grande regocijo la toma de Damietta, cuando se supo la triste nueva de su cautiverio. La aflicción fué tanto más profunda, cuanto que un monje apóstata, de inteligencia con los jefes de los infieles, se utilizó de ellos para causar nuevos desastres á la cristiandad.

Habia un húngaro llamado Jacob, como de unos 60 años de edad, que en su juventud, 40 años ántes, había promovido la cruzada de los jóvenes de que se ha hablado en otro lugar.

Era apóstata de la orden del Cister y sabía varias lenguas, entre otras el latín, el francés y el alemán. Al tener noticias de la prisión de San Luis, se dedicó á ser profeta diciendo que había visto ángeles, y que la misma Virgen se le había aparecido ordenándole que predicara la cruzada, pero solamente á los pastores y á las gentes sencillas del pueblo, porque Dios, despreciando el orgullo de la nobleza, había reservado á los pequeños y á los sencillos la libertad del reino y de la Tierra Santa. Tenía una mano siempre cerrada, y decía que en ella guardaba la orden por escrito que había recibido de la Virgen. Atrajo al principio algunos pastores y labradores, quienes abandonando sus rebaños y sus tierras le seguían en tropel, sin cuidarse de la subsistencia, de que en verdad, dicho sea de paso, no carecían. Jacob les daba á todos la cruz, que les colocaba sobre la espalda, y á los tales se les llamaba pastores.

Pero á estos primeros que le seguían por sencillez, se unieron vagabundos, ladrones y excomulgados; de suerte que luego formaron un ejército de 100.000 hombres, distribuidos bajo la dirección de muchos jefes con 5.000 banderas, en las cuales llevaban representados la cruz y el cordero, y también las visiones



que Jacob pretendía haber tenido. Conociábase con el nombre de maestro de Hungría, y tenía bajo sí otros dos principales maestros. Estos pretendidos discípulos del cordero llevaban espadas, puñales y toda clase de armas que habían podido reunir, y cuando el maestro predicaba le rodeaban los que mejor armados estaban, dispuestos á lanzarse sobre el que osara contradecirle; porque Jacob y sus subalternos predicaban de su propia autoridad, aunque legos, y decían muchas extravagancias aún contra la fe. Pretendían dar la remisión de los pecados y hacer matrimonios á su capricho. Clamaban contra los eclesiásticos y religiosos, principalmente contra los hermanos predicadores y los menores, á quienes trataban de vagabundos y de hipócritas. Tachaban á los de la orden del Cister de avaros y de estar muy apegados á sus tierras y á sus ganados.

Los pastorales comenzaron á aparecer después de Pascuas el año 1251, y el alejamiento del papa Inocencio IV, que acababa de partir de Lyon para Italia, aumentó su atrevimiento. Se reunieron primeramente en Flandes y en la Picardía, donde los pueblos son más sencillos, y ya eran muchos cuando entraron en Francia. Al pasar por las ciudades y aldeas levantaban sus armas en señal de respeto, de suerte que ni aún sus jefes se atrevían á impedirselo. La reina Blanca les toleró durante algún tiempo, con la esperanza de que podrían libertar á su hijo. Cuando pasaron por París se creyeron que ya habían vencido todos los obstáculos y peligros, y se jactaban de que se les tuviera por hombres de bien, puesto que en esta ciudad, donde estaba la fuente de toda la sabiduría, no habían experimentado contradicción alguna, y comenzaron á ejercer más libremente sus pillajes y sus violencias. El día de San Bernabé, 11 de Junio, llegaron á Orleans con gran aparato, y entraron en la ciudad, á pesar de que el obispo y el clero se opusieron. Habiendo anunciado Jacob que iba á predicar en público, se acercó á ellos una multitud. El obispo, llamado Guillermo de Bussi, prohibió á todo su clero, bajo pena de excomunión, oír ó seguir á aquel impostor. Sin embargo, algunos no pudieron resistir á la curiosidad y acudieron á oír la predicación de Jacob.

Apénas había comenzado éste su discurso, cuando uno de los que le escuchaban se acercó á él atrevidamente y le dijo que estaba engañando á los sencillos y que no decía una verdad. No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando se le acercó uno de sus sectarios y le hizo pedazos la cabeza de un hachazo. Al punto comenzó el tumulto y la sedición contra

el clero; rompieron las puertas y ventanas de sus casas y quemaron los libros más preciosos, y como el pueblo no se oponía, hirieron y mataron á muchos, arrojándolos después al Loire. Temiendo los pastorales ser atacados, se retiraron de la ciudad, á la que puso entredicho el obispo, porque no les había resistido.

La reina Blanca, á la que se informó de todos aquellos desórdenes, confesó modestamente que había sido engañada por su aparente sencillez, y prometió, de acuerdo con los prelados y señores, exterminar aquellos impostores. Se comenzó por lanzarles la excomunión; pero llegaron á Bourges ántes de que se hubiera publicado la excomunión y entraron en las sinagogas de los judíos, quemaron sus libros y saquearon sus casas. Mas después que salieron de la ciudad, el pueblo les siguió armado, y como Jacob siguiera predicando con su ordinaria impudencia, un cortador le dió tal golpe en la cabeza, que se la cortó, cayendo al punto á tierra.

Desde aquel momento, y luego que se tuvo noticia de hallarse excomulgada aquella gente, comenzó la dispersión, y por doquiera se les perseguía á muerte.

El rey San Luis seguía en la Palestina aplicado en hacer ejecutar á los emires de Egipto el tratado que habían hecho con él. De tiempo en tiempo le devolvían algunos prisioneros; pero más fueron los que él libertó con su dinero. Hizo reparar y fortificar las plazas que los cristianos tenían en el país, á saber, Acre, el castillo de Caifas, Cesárea, Joppe y Sidon; todas á sus expensas.

La víspera de la Anunciación, 24 de Marzo del año 1251, fué por devoción á Nazareth. Tan luego como hubo apercibido aquel santo lugar, se bajó del caballo y se puso de rodillas, continuando después su camino á pié, y eso que ayunaba á pan y agua aquel día y estaba muy fatigado.

Allí hizo cantar unas vísperas con toda solemnidad, y una misa que dijo el cardenal legado Eudes de Chateauroux. De Nazareth marchó el 28 de Marzo á Cesárea, donde permaneció el resto del año 1251 y una parte del siguiente, ocupado principalmente en fortificar la ciudad.

Poco tiempo después de haber él llegado llegaron los hermanos Predicadores que él había enviado á la Tartaria dos años ántes. Dijeron que habiéndose embarcado en Chipre habían arribado al puerto de Antioquía, y que desde esta ciudad hasta el lugar donde estaba el khan de los tártaros habían empleado más de un año, andando cada día diez leguas. Que todo el país que habían atravesado estaba su-